

II.



El fastidio era el fondo de las tristezas de Lázaro; un fastidio pesado, interminable, que surgía de todo su ser, como surge el agua turbia de un manantial emponzoñado.

Fastidiábase del reposo y del trabajo, y de sí mismo, más aún que de los otros.

Y sin embargo, cuando pensaba en su ociosidad se ruborizaba. ¿No era vergonzoso que un hombre de sus años perdiese la plenitud de la vida en aquel agujero de Bonneville?

Hasta entonces había tenido ciertos pretextos; mas ahora nada le sujetaba, y él mismo sentía desdén al considerarse como inútil, como una carga para los

suyos, cuando éstos apenas tenían medios de vivir.

Él hubiera debido ganar la vida, una fortuna porque así se lo había jurado en otro tiempo, y el hecho de no haberla ganado era en realidad una bancarrota propia, exclusivamente suya.

Los proyectos para el porvenir, las grandes empresas, la idea de la riqueza conquistada por un golpe de genio, no le faltaban nunca; sólo que, cuando el ensueño se desvanecía, el joven ya no hallaba un átomo de valor para ponerlo por obra.

—Esto no puede seguir así—decía con frecuencia á Paulina—y es menester que trabaje..... Tengo el proyecto de fundar un periódico en Caen.

Y ella le respondía:

—Espera á que pase el luto, porque no hay prisa y reflexiona bien antes de emprender ese negocio,

La verdad era que ella temblaba con la idea de tal fundación, á pesar de su deseo de verle trabajar, porque un nuevo fracaso le acabaría, y se acordaba demasiado de los seguidos abortos de su primo: la música, la medicina, la fábrica, las presas, todo lo que había emprendido.

Por otra parte, dos horas después de hablar así, Lázaro rehusaba aun escribir una carta, como si estuviese abrumado de cansancio.

Pasaron algunas semanas, y otra gran marea se llevó tres casas de Bonneville, y cuando los pescadores encontraban á Lázaro preguntábanle si tenía ya bastante con esas desgracias.....

A buen seguro que no se podía hacer nada en aquel asunto, pero declaraban ellos que era muy triste ver tanta madera perdida en las estacadas; y en sus palabras de dolor, en la manera con que le suplicaban que no dejase al mar tragarse el país, había cierta burla socarrona y feroz de marineros, orgullosos de su mar, de aquella bribona que tenía garras mortales.

Él se irritaba hasta el punto de no pasar por el pueblo en determinadas horas, porque la vista de las ruinas de la estacada y de las presas era para él insoportable.

Prouane le paró un día en que entraba á casa del cura Horteur.

—Señor Lázaro — le dijo humildemente, pero con sonrisa maliciosa en los labios y en los ojos — ¿sabéis que los pedazos de madera se están pudriendo en la playa?

—Sí, ¿y qué?

—Que si ya no seguís la obra, podríais dárnoslos..... Por lo menos servirían para calentarnos.

Una cólera mal contenida arrebató al joven, que respondió vivamente sin pensar en lo que decía:

—¡Imposible! los carpinteros reanudarán el trabajo la semana próxima.

Desde entonces todo el país se burlaba: la danza comenzaría otra vez, porque el hijo de Chateau era muy terco.

Pasaron quince días, y como nada se emprendió, los pescadores le preguntaron si consistía en no haber encontrado obreros, y entonces él concluyó por ocuparse realmente en reedificar las presas, cediendo también á las instancias de su prima, que prefería buscarle una ocupación cerca de ella.

Pero se entregó á la empresa aquella sin pasión, sostenido únicamente por su odio al mar y contando con domeñarle esta vez. ¡Vendrían luego las olas á besar los peñascos de Bonneville, ni más ni menos que un perro obediente!

Una vez más Lázaro trazó sus planes, calculando nuevos ángulos de resistencia y duplicando los pies de fuerza, y el gasto no sería muy elevado porque se utilizaría la mayor parte de la madera empleada anteriormente.

El carpintero presentó una cuenta de cuatro mil francos, y como la suma no era excesiva Lázaro con-

sintió en que Paulina la adelantase, persuadido (decía él) de que lograría sin trabajo la subvención del Consejo general del departamento.

Y esto constituía la única manera de subvenir á los primeros gastos, porque el Consejo no acordaría la subvención de un céntimo mientras las presas estuvieran convertidas en ruinas.

Los trabajos se empezaron con ahinco, y Lázaro iba todas las semanas á Caen para visitar al Prefecto y á los consejeros influyentes; y cuando se terminaba la obra de carpintería, obtuvo que un ingeniero delegado por el Prefecto pasase á reconocerla para informar después y otorgar la subvención con arreglo al informe.

El ingeniero, que estuvo un día en Bonneville, hombre muy amable, almorzó en casa de los Chanteau, después de su paseo por la playa, evitando aquéllos pedirle su parecer, por discreción; pero en la mesa estuvo tan galante con Paulina, que ni aun ésta llegó á dudar del buen éxito del asunto.

Así es que, días más tarde, cuando Lázaro regresó de un viaje á Caen, toda la casa quedó estupefacta, consternada con las noticias que traía, y él estallaba de cólera: ¡aquel belitre ingeniero había emitido un informe abominable!

¡Oh! ¡Y eso que era un hombre tan cortés!

Y lo peor era que el Consejo general, fundándose en tal informe, había rechazado la instancia de subvención.

Y esto fué para el joven el principio de una nueva crisis de desaliento: las presas estaban terminadas, y Lázaro juró que resistirían á las más fuertes mareas, y que todos los ingenieros del mundo rabiarían de celos; pero la verdad es que, aunque tal ocurriera, el dinero empleado no volvería á entrar en la bolsa de su prima, y se desolaba amargamente el joven por haberla impulsado á un gasto desastroso.

Ella, no obstante, triunfando de sus instintos económicos, reclamaba la responsabilidad toda entera, y recordaba que ella misma le había obligado á aceptar el adelanto de la suma: esto era una obra de caridad, y ella no deploraba nada; ¡la hubiera dado más crecida á trueque de salvar al desventurado Bonneville!

Sin embargo, cuando el carpintero envió la *Memoria*, ella no pudo reprimir un gesto de disgusto y sorpresa dolorosa: los cuatro mil francos de la cuenta subían en aquella á ocho mil, y en resumen había gastado más de veinte mil francos en aquellos pies

derechos que la primer tempestad arrancaría de cuajo.

Estaba por entonces la fortuna de Paulina reducida á unos cuarenta mil francos, ó sean dos mil de renta, lo preciso para vivir si por cualquier eventualidad se encontraba un día la joven abandonada á sí misma.

El dinero se había derretido poco á poco en la casa, donde ella continuaba pagándolo todo, con manos abiertas; pero desde aquel día vigiló atentamente los gastos, como previsora ama de gobierno.

Los Chanteau no tenían ya sus trescientos francos por mes, porque al morir la madre se descubrió la venta de cierto número de títulos, aunque nadie sabía qué se hizo de las cantidades recibidas; y por lo tanto, aun reuniendo su mensualidad con la de aquéllos, Paulina sólo disponía de unos cuatrocientos francos al mes, cantidad insuficiente en una casa tan pesada y costosa, y en la cual hubo necesidad de emplear verdaderos milagros de economía para salvar siquiera el dinero de las limosnas.

Desde el último invierno había terminado la curatela del Dr. Cazenove, y ella, siendo mayor de edad por la ley, disponía de sus bienes y de su fortuna; sin duda el médico no la estorbaba para nada,

porque él hasta rehusaba ser consultado, y ella sentíase más libre, más dueña de sí misma, encontrándose como verdadera ama de casa, no teniendo que rendir cuentas á nadie, suplicada por su tío para que todo lo arreglase como quisiera sin necesidad de hablarle nunca de lo que se refería á gastos é ingresos.

Lázaro tenía más horror que su padre á las cuestiones de dinero, y por lo tanto ella sola manejaba el bolsillo común, reemplazando en absoluto á su tía, con sentido práctico tan admirable, que muchas veces los dos hombres quedaban como estupefactos al observarlo.

Pero Verónica fué quien descubrió que la señorita era una roñosa, una *perra*. ¡Contentarse ahora con una libra de manteca todos los sábados!

*
*
*

Sucedíanse los días con regularidad monótona.

Mas aquel orden, aquellas costumbres sin cesar renovadas, que eran la felicidad doméstica para Paulina, exasperaban cada vez más el fastidio de Lázaro. ¡Nunca había sentido él tanta inquietud como en aquel período de paz tan sonriente inaugurado y sostenido por su prima!

La terminación de los trabajos en la playa acababa de ser para el joven un verdadero alivio, porque toda preocupación le embargaba, y en seguida comenzó á cambiar, todas las mañanas, de proyectos para el porvenir.

La idea de un periódico había sido abandonada como impropia de él mismo, y ahora se lamentaba de la pobreza, que no le permitía dedicarse tranquilamente á una obra literaria é histórica.

Luego acarició un pensamiento distinto: quería ser profesor, sufrir exámenes si era necesario para ello, á fin de asegurarse la diaria subsistencia con su trabajo de hombre de letras.

Ya no quedaba entre Paulina y él sino su compañerismo de otro tiempo, como una costumbre de afecto que les unía cual hermano y hermana: él, en su familiaridad más íntima, nunca hablaba de su casamiento, ya fuese por completo olvido, ya por demasiado conocido el proyecto; ella evitaba también hablar de tal asunto, esperando aún, y convencida de que él diría *sí* como primera palabra.

Una tarde, al caer el crepúsculo, Paulina envió á buscar á Lázaro, para decirle que la sopa estaba servida, y entonces le sorprendió ocultando apresuradamente un objeto que ella no pudo reconocer.

—¿Qué es eso?—preguntóle riendo.—¿Versos para el día de mi cumpleaños?

—No, no—respondió él muy conmovido y balbuciente.—No es eso....

Era un guante de Luisa, que acababa de encontrar detrás de unos libros.

El guante, de piel de Sajonia, había conservado un olor fuerte, ese olor de fiera montés que el heliotropo, perfume preferido por la joven, dulcificaba con un polvillo de vainilla; y Lázaro, impresionable con los aromas, violentamente excitado por la mezcla de la esencia de las flores y del olor de la carne, quedó como extático, teniendo el guante en sus labios, aspirando fuertemente la voluptuosidad de sus recuerdos.

Desde aquel día, aun á pesar del tremendo vacío que le dejara en el alma la muerte de su madre, sólo pensó en desear á Luisa.

Tal vez no la había olvidado, sino que su recuerdo estaba como adormecido por el dolor, y fué necesario aquel suceso casual para despertarle con el calor mismo de su aliento.

Cuando estaba solo, cogía el guante, le aspiraba, le besaba, creía tenerla á ella en sus brazos, hundiendo sus labios en la nuca de la joven; y el mal-

estar nervioso en que vivía, la excitación de sus largas perezas, hacían más viva aquella carnal embriaguez.

Esto aumentó su humor sombrío, hasta el punto de mostrarse brusco con su prima, como si la guardase rencor de sus propios abandonos: ella, Paulina, no excitaba su concupiscencia carnal, y cuando la hablaba serena, con la alegría de la tranquilidad, satisfecha, él huía á su cuarto, entregábase á su vicio, abrasábase en el recuerdo ardoroso de la otra, y bajaba luego con el hastío de la vida.

Cambió de tal manera, que Paulina, desesperada, pasó noches amarguísimas: por el día, siempre valiente, de pie en aquella casa que dirigía con su dulce autoridad, olvidábase de los desvíos; por la noche, cuando cerraba la puerta de su dormitorio, entregábase á sus penas, todo su valor huía, lloraba como una niña sin fuerzas contra el mal.

No la quedaba ninguna esperanza, porque demasiado conocía que Lázaro se apartaba de ella más en cada hora.

¿Pero esto era posible?

La caridad no bastaba: se podía amar á las gentes y causar su desgracia, porque Lázaro, no obstante, era desgraciado, tal vez por culpa suya.

Y tras estos pensamientos, asaltábala el temor de una influencia rival: si ella se había tranquilizado anteriormente, explicando aquel humor sombrío de su primo por el duelo, ahora ya empezaba á buscar la causa en otras partes, y forjábase hipótesis distintas, y siempre acababa por fijarse en la idea de Luisa, aquella idea que surgió en su espíritu al día siguiente de la muerte de la señora Chanteau, y que ella misma había despreciado con orgullosa confianza en la ternura de su primo.

Desde que ponía la palmatoria en la mesa de noche, sentábase al borde de su cama, sin fuerzas para empezar á desnudarse; su alegría de las horas diurnas, su orden, su paciencia, la abrumaban entonces, como un vestido muy pesado que se soporta en los hombros; ella no podía engañarse, porque el día transcurrido, como los anteriores, como los que seguirían luego, acababa de pasar en medio del fastidio desesperado de Lázaro, aquel fastidio de que estaba henchida toda la casa.

¿Para qué su propia alegría, si no era posible esparcirla en aquel lugar amado?

Ella no nombraba á Luisa, no quería pensar en la joven; pero veía pasar ante sus ojos su linda imagen, interesando á Lázaro con su languidez es-

tudiada de coqueta y alegrándole con el roce de sus faldas....

Y los minutos volaban y no podía desvanecer aquella imagen.

¿Qué partido adoptar? ¿Era necesario llamar á Luisa?

Sin duda el joven la esperaba, y nada más cómodo que curarle de su fastidio llamándola.

Y esta visión la torturaba además con la creencia de que la felicidad de la casa estaba en manos de la otra.....

Luego, sublevándose ante aquella idea, dejaba el borde del lecho y abría la ventana para respirar aire libre, porque se ahogaba; delante de la negra inmensidad del espacio y contemplando el mar que gemía, estaba largas horas de codos en el alféizar, sin poder dormir, con la garganta abrasada. ¡No! ¡Jamás sería ella bastante miserable para tolerar la vuelta de la muchacha! ¿No les había sorprendido á los dos en los brazos? ¿No fué aquello una traición ruin, cerca de ella misma, en un cuarto vecino del suyo, en una estancia que consideraba como propia?

¡Esta villanía quedaba sin perdón! Si ella perdonase, podría decirse en verdad que era cómplice de ellos para echar al uno en brazos de la otra.

Sus celos se aumentaban con el espectáculo que ella misma evocaba, ahogábanla los sollozos, metía su rostro entre los brazos desnudos, pegaba sus labios á la carne.

Avanzaba la noche, los vientos pasaban por encima de su cuello, agitándola su suelta cabellera, y la sangre de cólera que ardía en sus venas no se refrescaba, y la lucha proseguía entre su bondad y su pasión; la voz de la dulzura se obstinaba en hablarla con débil acento de las alegrías de la caridad, de la dicha de ser buena para el prójimo, y ella quería hacer callar esa voz imbécil, esa voz de la abnegación que así se transformaba en cobardía; y poco á poco reconocía que era su propia voz, la voz de sus mismos razonamientos.

¿Qué importaba su sufrimiento si ellos habían de ser dichosos?

Y entonces sollozaba más débilmente, y escuchaba cómo subía el mar en el fondo de las tinieblas.....

Una noche, después de haber llorado largo tiempo en la ventana, acostóse y apagó su bujía; y en hallándose rodeada de tinieblas, con los ojos muy abiertos, resolvióse bruscamente á tomar resolución definitiva: la primera obra de la mañana inmediata sería escribir á Luisa, por medio de su tío

rogándola que fuese á pasar un mes en Bonneville.

No sintió exaltarse su corazón al expresar tal idea; nada le pareció más natural ni más fácil; ella bien podía dar su vida si él la necesitaba.....

Y al punto se durmió con profundo sueño, como hacia muchas semanas que no reposaba de igual tranquilo modo.

Pero á la mañana siguiente, cuando bajó al comedor para almorzar y se vió colocada entre su tío y su primo, en aquella mesa de familia en que los sitios de los tres aparecían designados por amplias tazas de leche, olvidóse de todo, conoció que la faltaban fuerzas.

—¿No comes?—la dijo Chanteau.—¿Qué tienes?

—Nada, tío—respondió.—Al contrario; he dormido como una bienaventurada.

Lázaro comía en silencio, cansado ya del día que apenas empezaba, y ella no tenía valor para dárselo á otra. ¡Oh! la idea de que Luisa le besaría para consolarle, no podía resistirla.

Y sin embargo, cuando él se retiró, Paulina quiso hacer lo que hubo resuelto la noche anterior.

—¿Cómo tienes hoy las manos, tío?—preguntó á Chanteau.

Él miró sus manos, invadidas por concreciones tofáceas, y dobló penosamente las falanges.

—Menos mal—respondió.—La derecha está más flexible..... Si viene el cura, jugaremos una partida.

Y después de un rato de silencio, añadió:

—¿Por qué me preguntas eso?

Indudablemente ella esperaba que su tío no podría escribir, porque se ruborizó con la pregunta, y dejando la carta para el día siguiente, contestó balbuceando:

—Por nada..... para saberlo.

A partir de este día, la lucha que sostuvo fué más dolorosa.

En su cámara, después de las crisis de lágrimas, conseguía dominarse, y se hacía el juramento de dictar la carta á su tío; pero en cuanto empezaba su vida cotidiana entre aquellos á quien amaba, quedábase sin fuerzas para cumplirle.

Ocurrían algunos hechos insignificantes que la destrozaban el corazón: el pan que cortaba para su primo, los zapatos del joven que ella misma recomendaba á la doméstica, todas las habituales acciones de la familia.....

Si podía ser dichosa en aquel recinto del hogar doméstico, ¿para qué llevar á él una extraña? ¿Por

qué alterar aquellas costumbres tan dulces que tenían ellos solos hacía tantos años?

Y el pensamiento de que esto no sucedería si Luisa llegase, de que ya no cortarían ella el pan para su primo, ni cuidaría de sus vestidos, sino la otra, ahogábala en su desesperación, quebrantaba en un instante la dicha entera de su existencia.

Y tal pensamiento, combinándose de ese modo con todos los cuidados que ella prestaba á la casa, envenenaba ahora su actividad de ama de gobierno previsor.

—¡Pues qué!— se decía muchas veces—¿nos amamos y no somos felices? ¡Luego nuestro cariño sólo produce infelicidad en nosotros mismos!

Incesantemente meditaba en ello, y procuraba comprender la causa: ésta debía ser el hecho de que su carácter y el de su primo no coincidían.

¡Pues bien! Ella hubiera querido amoldar el suyo al de Lázaro, abdicar toda voluntad personal, y si no lo conseguía, su paciencia fracasaba y su buen humor se tornaba en tristeza; quería entonces reír, ahogar esa tristeza en su alegría, y tampoco lograba su imperio, y entonces caía como enervada por la lucha.

—¡Pues bueno es esto!—refunfuñaba Verónica, de

la mañana á la noche.—No sois más que tres en la casa, y acabaréis por rechazaros todos.... La señora no tenía siempre buen humor; pero, al menos, cuando ella vivía no se pensaba en tirarse las cacerolas á la cabeza.

Chanteau experimentaba también los efectos de aquel lento despegó de los jóvenes: cuando tenía una crisis, gritaba más fuerte, según decía la doméstica, porque tenía caprichos y violencias de enfermo, necesidad imperiosa de atormentar á todo el mundo; en fin, la casa era un infierno.

Paulina, aguijoneada siempre por los celos, preguntábase si tenía derecho para imponer á Lázaro su dicha con ella; ¡ciertamente que deseaba, ante todo, la felicidad de su primo, aun al precio de sus lágrimas!

¿Pues por qué encerrarle así, obligarle á una soledad en la que él sufría?

Tal vez la amaba aún, y volvería á ella cuando la juzgase más exactamente, comparándola con la otra; y en todo caso, ella debía permitirle escoger, porque esto era justo, y la idea de la justicia estaba siempre clara en su mente, como soberana.

*
* *